

EUTERPE MUSA SÉPTIMA

A Belisario

Viéndote sobre el cerco de la
luna triunfar de tanto
bárbaro contrario,
¿quién no temiera, ¡oh
noble Belisario!, que
habías de dar envidia a la
Fortuna?

Estas lágrimas tristes,
una a una, bien las
debo al valor
extraordinario
Con que escondiste en alto
olvido a Mario, que
mandando nació desde la

cuna.

y ahora, entre los míseros
mendigos, te tiraniza el
tiempo y el sosiego
la memoria de altísimos
despojos. Quisiéronte cegar
tus enemigos,
sin advertir que mal
puede ser ciego quien tiene
en tanta fama tantos
ojos.

A la brevedad de la vida

¡Cómo de entre mis manos te resbalas!

¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!

¡Qué mudos pasos traes, oh

muerte fría, pues con
callado pie todo lo
igualas! Feroz, de tierra el
débil muro escalas, en
quien lozana juventud se
fía;

mas ya mi corazón del
postrer día atiende el
vuelo, sin mirar las alas.

¡Oh condición mortal! ¡Oh dura suerte!

*¡Qué no puedo querer
vivir mañana sin la
pensión de procurar mi
muerte!*

*Cualquier instante de la
vida humana es nueva
ejecución, con que me
advierde cuán frágil es,
cuán mísera, cuán vana.*

Muestra lo que es una mujer despreciada

*Disparado esmeril, toro
herido; fuego que
libremente se ha
soltado, osa que los*

hijuelos le han robado,
rayo de pardas nubes
escupido;
serpiente o áspid con el pie
oprimido, león que las
prisiones ha quebrado,
caballo volador
desenfrenado,
águila que le
tocan a su nido;
espada que la rige
loca mano,
pedernal sacudido
del acero,
pólvora ha quien llegó
encendida mecha;
villano rico con poder

tirano, víbora,
cocodrilo, caimán fiero
es la mujer si el hombre la desecha.

Soneto a la muerte

*¡Aquí Del Rey Jesús! ¿y qué es a questo?
No le vale la iglesia al
desdichado, que entró a
matarle dentro de
sagrado,*

sin temer casa Real, ni
Santo puesto. Favor a la
justicia, alumbren
presto, corran tras de él,
prendan al culpado; no
quiera resistirse, que
embozado de esperar a la
ronda está dispuesto.

Llegaron a prenderle
por codicia, no de la
espada ser mayor de
marca; mas visto que la
trae de sangre llena,
preguntole quien era la
justicia, desembozose y
dijo: Soy la Parca.

¿La Parca sois? Andad de enhorabuena.

Sonetos pastoriles

- I -

A Lísida, pidiéndole unas flores que tenía en la mano,
y persuadiéndola imite a una fuente

Ya que huyes de mí,
Lísida hermosa, imita
las costumbres de esta
fuente, que huye de la
orilla eternamente,
y siempre la fecunda
generosa. Huye de mí
cortés, y, desdeñosa,
sígate de mis ojos la
corriente;
y, aunque de paso, tanto

fuego ardiente merezcate

una yerba y una rosa.

Pues mi pena ocasionas,

pues te ríes del congojoso

llanto que derramo en

sacrificio al claustro de

rubíes, perdona lo que

soy por lo que amo;

y cuando, desdeñosa,
te desvías, llévate allá
la voz con que te
llamo.

- II -

A Lisis, presentándole un perro, que había quitado un
cordero de los mismos dientes del lobo

Este cordero, Lisis, que
tus yerros

sobrescribieron como al

alma mía, estando

ayer recién nacido el

día,

de un lobo le cobraron mis dos perros.

En el denso teatro de

estos cerros, Melampo

aventajó su
valentía: ya le viste
otra vez, con osadía,
defender a tus voces los
becerros. Conoce que soy
tuyo en tu ganado, pues,
por guardarle, desamparo
el mío, y en mi pérdida
estimo su cuidado.

Pues te sirven sus dientes y
sus brío, recíbele, no pierda

desdeñado

lo que él merece, porque yo le envío.

- III -

A Aminta, que imite el sol en dejarle consuelo cuando
se ausenta

Pues eres sol, aprende a ser

ausente del sol, que

aprende en ti luz y

alegría;

¿no viste ayer agonizar el día

y apagar en el mar el oro ardiente?

Luego se ennegreció, mustio

y doliente, el aire

adormecido en sombra fría;

luego la noche, en
cuanta luz ardía,
tantos consuelos
encendió el Oriente.

Naces, Aminta, a
Silvio del ocaso en que
me dejas sepultado y
ciego; sígote oscuro con
dudoso paso.

Concédele a mi noche y a
mi ruego, del fuego de tu
sol, en que me abraso,
estrellas, desperdicios de
tu fuego.

- IV -

A una fuente en que salió a mirarse Lísida

Fuente risueña y pura
(que a ser río de las dos
urnas de mi vista
aprendes, pues que te
precipitas y descienes de
los ojos que en lágrimas
te envío), si en mentido
cristal te prende el frío,
en mi llanto por Lísida
te enciendes, y siempre
ingrata a mi dolor
atiendes,
siendo el caudal con que te aumentas mío;
tú de su imagen eres
siempre avara, yo prodigo
de llanto a tus corrientes,
y a Lísida de la alma y

fe más rara. Amargos,
sordos, turbios,
inclementes juzqué los
mares, no la amena y
clara agua risueña y
dulce de las fuentes.

- V -

Con ejemplo del invierno imagina Sistra admitido su
fuego del yelo de Lisi

Pues ya tiene la encina
en los tizones más séquito
que tuvo en hoja y
fruto, y el nubloso Orión
manchó con luto las
(otro tiempo) cárdenas
regiones; pues perezoso
Arturo, y los Triones
dispensan breve el sol, y
poco enjuto, y con
imperio cano y absoluto
labra el yelo las aguas
en prisiones; hoy que se
busca en el calor la
vida,
gracias al dueño invierno,
amante ciego, a quien

desprecia Amor y Lisi
olvida,
al yelo hermoso de su
pecho llegomi corazón,
por ver si, agradecida, se
regala su nieve con mi
fuego.

- VI -

Con la comparación de dos toros celosos, pide a Lisi no
se admire del sentimiento de sus celos

¿Ves con el polvo de la lid
sangrienta crecer el suelo y
acortarse el día
en la celosa y dura valentía
de aquellos toros que el amor violenta?
¿No ves la sangre que el
manchado alienta; el humo

que de la ancha frente envía
el toro negro, y la
tenaz porfía en que el
amante corazón
ostenta?

Pues si lo ves, ¡oh Lisi!, ¿por
qué admiras que, cuando
Amor enjuga mis entrañas
y mis venas, volcán,
reviente en iras?

Son los toros capaces de sus sañas,
¿y no permites, cuando a
Bato miras, que yo
ensordezca en llanto las
montañas?

- VII -

Culpa a Flor injusta en el premio de su favor con el
ejemplo de una vaca pretendida en el soto: es
imitación de Virgilio en las Geórgicas

¿Ves gemir tus afrentas
al vencido toro, y que
tiene, ausente y
afrentado, menos pacido
el soto que escarbado, y de
sus celos todo el mundo
herido?
¿Vesle ensayar venganzas

con bramido, y en el viento
gastar ímpetu armado?
¿Ves que sabe sentir ser
desdeñado, y que su
vaca tenga otro marido?
Pues considera, Flor, la
pena mía, cuando por
Coridón, pastor ausente,
desprecias en mi amor mi
compañía. Ofreciose la
vaca al más valiente,
y con razón premió la valentía:
tú me desprecias, Flor, injustamente.

- VIII -

Aconseja al Amor que para vencer el desdén de Lisis,
deje las flechas comunes, y tome las con que hirió a
Júpiter, para que se enamore de Europa

*Amor, prevén el arco y
la saeta que enseñó a
navegar y dar amante
al rayo, cuando Jove
fulminante, bruta
deidad, bramó llama
secreta.*

La vulgar cuerda que tu
mano aprieta, para el
pecho de Lisi no es
bastante: otra cosa más
dura que el diamante
dudo que la victoria te
prometa.

Prevén toda la fuerza al
pecho helado, pues menos
gloria, en menos
hermosura, te fue bajar al
sol del cielo al prado.

Y pues de ti no supo
estar segura tu madre,
no permitas,
despreciado, que tu poder
desmienta Lisis dura.

*Con el ejemplo del fuego enseña a Alexi pastor, cómo
se ha de resistir al amor en su principio*

*¿No ves, piramidal y
sin sosiego, en esta vela
arder inquieta llama,
y cuán pequeño soplo
la derrama en cadáver
de luz, en humo ciego?*

*¿No ves, sonoro y animoso,
el fuego arder voraz en
una y otra rama,
a quien, ya poderoso, el
soplo inflama que a la
centella dio la muerte
luego?*

*Así pequeño amor recién
nacido muere, Alexi,
con poca resistencia, y
le apaga una ausencia
y un olvido;
mas si crece en las venas
su dolencia, vence con los
que pudo ser vencido y
vuelve en alimento la
violencia.*

- X -

Dice, que como el labrador teme el agua cuando
viene con truenos, habiéndola deseado, así es la vista
de su pastora

ya viste que acusaban
los sembrados secos, las
nubes y las lluvias;

luego viste en la
tempestad temer el riego
los surcos, con el rayo
amenazados.

Más quieren verse secos que
abrasados, viendo que al
agua la acompaña el
fuego, y el relámpago y
trueno sordo y ciego;
y mustio el campo teme los
nublados. No de otra suerte

temen la hermosura que
tuyos mis ojos codiciaron,
anhelando la luz serena y
pura;
pues luego que se abrieron,
fulminaron, y
amedrentando el gozo a mi
ventura, encendieron en
mí cuanto miraron.

- XI -

Significa el mal que entra al alma por los ojos con la
fábula de Acteón

Estábase la Efesia
cazadora dando en
aljófar el sudor al
baño,

cuando en rabiosa luz se
abrasa el año y la vida
en incendios se evapora.

De sí, Narciso y ninfa, se
enamora; mas viendo,
conducido de su engaño,

que se acerca Acteón,

temiendo el daño,

fueron las ninfas velo

a su señora. Con la

arena intentaron el

cegalle,

mas luego que de Amor miró el trofeo,

cegó más noblemente
con su talle. Su frente
endureció con arco feo,
sus perros intentaron
el matalle,
y adelantose a todos su deseo.

- XII -

Dice, que como el Nilo guarda su origen, encubrió
también el de su amor la causa y crece así también
su llanto con el fuego que le abrasa

Dichoso tú, que naces
sin testigo y de
progenitores ignorados,
¡oh Nilo!, y nube y río, al
campo y prados, ya fertilizas
troncos y ya trigo.
El humor que, sediento y

enemigo, bebe el rabioso
Can a lo sagrados ríos, le
añade pródigo a tus
vados, siendo Aguario el
León para contigo.

No de otra suerte,
Lisis, acontezca las
undosas urnas de mis
ojos,

cuyo ignorado origen se
enmudece. Pues cuando
el Sirio de tus lazos rojos
arde en bochornos de oro
fresco, crece más su
raudal, tu hielo y mis
enajos.

- XIII -

*Con la propiedad del Guadiana, de quien dice Plinio,
saepius nasci gaudet, compara la disimulación de sus
lágrimas*

*O ya descansas,
Guadiana, ociosas tus
corrientes en lagos que
ennobleces,
o líquidas dilatas a tus peces*

campañás en las
lluvias procelosas; o en
las grutas sedientas
tenebrosas los raudales
undosos desapareces,
y de nacer a España
muchas veces te alegras
en las tumbas
cavernosas; émulo mis
dos ojos a tus fuentes
ya corren, ya se esconden,
ya se paran, y nacen sin
morir al llanto ardientes.
Ni mi prisión ni lágrimas
se aclaran: todo soy
semejante a tus
corrientes, que de su

propio t́mulo se
amparan.

- XIV -

Habiendo llamado a su zagala Aurora, pide a la del
cielo, que se detenga para ver en alto el retrato de su
misma zagala

Tú, princesa bellísima del día,
de las sombras nocturnas
triunfadora, oro risueño y
púrpura pintora,
del aire melancólico alegría;
pues del sol que te sigue y
que te envía eres flagrante
y rica embajadora;
pues por ennoblecerte
llamé Aurora la
hermosa sin igual

zagala mía,
ya que la noche me
privó de vella, y
esquiva mis dos ojos,
piadosa, entreténme su
imagen en tu estrella.
Niégale al sol las horas;
no envidiosa su llama,
que tus luces atropella,
esconde en ti su ardiente
nieve y rosa.

- XV -

*A Fili, que suelto el cabello lloraba ausencias de su
pastor*

*Ondea el oro en hebras
proceloso; corre el humor
en perlas hilo a hilo;
juntó la pena al Tajo
con el Nilo,
éste creciente, cuando
aquél precioso. Tal el
cabello, tal el rostro
hermoso asiste en Fili al
doloroso estilo, cuando por
las ausencias de Batilo,
uno derrama rico, otro
lloroso.*

Oyó gemir con músico lamento

y mustia y ronca voz
tórtola amante,
amancillando querellosa
el viento. Dijo: «Si
imitas mi dolor
constante, eres lisonja
dulce de mi acento;
si le compites, no es tu mal bastante».

- XVI -

A Lisi, que su cabello rubio tenía sembrados claveles
carmesíes por el cuello

Rizas en ondas ricas del
rey Midas, Lisi, el acto
precioso, cuanto avaro;
arden claveles en su cerco
claro, flagrante sangre,

espléndidas heridas.

Minas ardientes, al

jardín unidas, son

milagro de amor,

portento raro, cuando

Hibla matiza el

mármol paroy en su

dureza flores ve

encendidas.

Esos que en tu cabeza generosa

son cruenta hermosura y
son agravio a la
melena rica y
victoriosa,
dan al claustro de
perlas, en tu labio,
elocuente rubí,
púrpura hermosa, ya
sonoro clavel, ya coral
sabio.

- XVII -

Ausente se lamenta mirando la fuente, donde solía
mirarse su pastora

En este sitio donde mayo
cierra cuanto con más
fecunda luz florece, tan

parecido al cielo, que
parece parte que de su
globo cayó en tierra;
testigos son las peñas de
esta sierra

(hombros que al peso
celestial ofrece) del duro
afán que el corazón
padece, en alta
esclavitud, injusta
guerra.

Miré la fuente
donde ver solía a
Fílida, que en ella
se miraba,
cuando por ser la espejo
no corría. Por imitar mi

envidia se abrasaba,
cuando en sus manos mi
atención ardía: y, en dos
incendios, Fílida se helaba.

- XVIII -

A una fuente donde solía llorar los desdenes de Fili

Esta fuente me habla,
mas no entiendo su
lenguaje, ni sé lo que
razona;
sé que habla de amor, y que blasona

de verme a su pesar por Flori
ardiendo. Mi llanto, con que
crece, bien le entiendo, pues
mi dolor y mi pasión
pregona;
mía lágrimas el prado
las corona; vase con
ellas el cristal riendo.
Poco mi corazón debe a
mis ojos, pues dan agua
al agua y se la niegan
al fuego que consume
mis despojos.

Si no lo ven, porque,
llorando, ciegan, oigan lo
que no ven a mis enojos:
déjanme arder, y la agua

misma anegan.

- XIX -

*Compara a la hiedra su amor, que causa parecidos
efectos, adornando el árbol por donde sube y
destruyéndole*

*Esta yedra anudada
que camina y en
verde laberinto
comprende la estatura
del álamo que ofende,
pues cuanto le
acaricia, le arruina,
si es abrazo o prisión, no
determina la vista, que
al frondoso lago atiende:
el tronco sólo, si es favor,
entiende,*

o cárcel que le esconde y que le inclina.

¡Ay, Lisi!, quien me viere

enriquecido con alta

adoración de tu

hermosura,

y de tan nobles penas

asistido, pregunte a mi

pasión y a mi ventura,

y sabrá que es prisión de

mi sentido lo que juzga

blasón de mi locura.

- XX -

Dice, que el sol templá la nieve de los alpes, y los ojos
de Lisi no templan el hielo de sus desdenes

Miro este monte que
envejece enero, y cana
miro caducar con nieve
su cumbre que, aterido,
oscuro y breve, la mira el
sol, que la pintó primero.

Veó que en muchas
partes, lisonjero, o regala
sus hielos, o los bebe;
que, agradecido a su
piedad, se mueve el músico
cristal libre y parlero.

Mas en los Alpes de tu
pecho airado, no miro que

tus ojos a los míos
regalen, siendo fuego, el
hielo amado.

Mi propia llama multiplica fríos,
y en mis cenizas mismas
ardo helado, envidiando la
dicha de estos ríos.

- XXI -

A una dama hermosa, y tiradora de vuelo, que mató
un águila con un tiro

¿Castigas en la
águila el delito de los
celos de Juno
vengadora, porque en
velocidad alta y
sonora llevó a Jove
robado el catamito?

¿o juzgaste su osar
por infinito en
atrever sus ojos a tu
aurora, confiada en
la vista vencedora,
con que miran al Sol de hito en hito?
¿o porque sepa Jove que en el cielo,

cuando Venus
fulminas, de tu rayoni
el suyo está seguro, ni
su vuelo?
¿o a César amenazas con
desmayo, derramando su
emblema por el suelo,
honrando los leones de
Pelayo?

- XXII -

A Lisi, cortando flores y rodeada de abejas

Las rosas que no cortas te
dan quejas, Lisi, de las
que escoges por mejores;
las que pisas se quedan
inferiores, por guardar la

señal que del pie dejas.
Haces hermoso engaño a
las abejas, que cortejan
solicitas tus flores;
llaman a su codicia tus
colores:
su instinto burlas, y su
error festejas. Ya que de
mí tu condición no
quiera compadecerse, del
enjambre hermoso tenga
piedad tu eterna
primavera.
Él será afortunado,
yo dichoso, si de tu
pecho fabricase cera,
y la miel de tu rostro milagroso.

- XXIII -

A Lisi, que cansada de cazar en el estío, se recostó a la
sombra de un laurel

Lisi, en la sombra no
hallarás frescura, tú, que
con dos ardientes

luminares

a la sombra la traes caniculares

que dieran a los Alpes
calentura. Del antiguo
recato y compostura
han olvidado a Dafne
estos lugares, pues de dos
soles tuyos, singulares,
quien huyó de uno solo
se asegura.

Mas viéndole en tus ojos
dividido, para poder
estar en ti dos veces,
otras tantas le mira en
ti vencido.

y siente que, como ella, le
aborreces, pues a su sombra
y tronco has retraído los
rayos que le niegas y le

ofreces.

Poesías amorosas

En lo penoso de un amante ausente

Embravecí llorando

la corriente de aqueste

fértil cristalino río,

y cantando amansé su curso, y brío:

¡tanto puede el dolor en

un ausente! Miréme en

los cristales de esta

fuenta antes que los

prendiese el hielo frío, y

vi que no es tan fiero el

rostro mío, que no

merezca ver tu luz

ardiente.

*Dejé sus aguas ricas de
despojos, cubrió, Isbela, de
incienso tus altares,
coronélos de espigas a
manojos.*

*Sequé, y crecí con agua, y
fuego a Henares, y tornando
en el agua a ver mis ojos,*

en un arroyo puede ver dos mares.

Soneto amoroso

Si en el loco jamás hubo

esperanza, ni

desesperación hubo en el

cuerto,

¿de qué accidentes hoy la vida pierdo?

¿Qué sentimiento mi razón alcanza?

¿Quién hace en mi

memoria tal mudanza, que

de aquello que busco no me

acuerdo?

Velo soñando, y sin

dormir, recuerdo: el mal

pesa y el bien igual

balanza. Escucho sordo y

reconozco ciego; descanso
trabajando y hablo
mudo; humilde aguardo
y con soberbia pido. Si no
es amor mi gran
desasosiego, de conocer lo
que me acaba dudo:
que no hay de sí quien viva más rendido.

Culpa lo cruel de su
dama Hay en Sicilia
una famosa fuente
que en piedra torna cuanto
moja y baña, de donde
huye la ligera caña
el vil rigor del natural corriente.
Y desde el pie gallardo
hasta la frente,
Anaxar (e) te, de dureza

*extraña, convertida fue
en piedra, y en España
pudiera dar ejemplo más
patente.*

Mas donde vos estáis es excusado

buscar ejemplo en todas
las criaturas, pues mis
quejas jamás os
ablandaron.

Y al fin estoy a creer determinado
que algún monte os parió de
entrañas duras, o que en
aquesta fuente os
bautizaron.

Quéjase de lo esquivo de su dama

El amor conyugal de
su marido su presencia
en el pecho le revela;
teje de día en la
curiosa tela

lo mismo que de noche ha destejido.
Danle combates

interés y olvido, y de fe
y esperanza se
abroquela,
hasta que, dando el viento en
pompa y vela, le restituye el
mar a su marido.

Ulises llega, goza a su
querida, que por gozarla
un día, dio veinte años a
la misma esperanza de
un difunto. Mas yo sé de
una fiera embravecida,
que veinte mil tejiera por
mis daños,

y al fin mis daños son no verme un
punto.

Soneto amoroso

Cuando a más sueño el
alba me convida, el velador
piloto Palinuro
a voces rompe al
natural seguro, tregua
del mal, esfuerzo de la
vida.

¿Qué furia armada, o qué legión vestida

del miedo, o manto de la
noche oscuro, sin armas
deja el escuadrón seguro,
a mí despierto, a mi
razón dormida? Algunos
enemigos pensamientos,
cosarios en el mar de
amor nacidos, mi
dormido batel han
asaltado.

El alma toca al arma a
los sentidos; mas como
Amor los halla
soñolientos, es cada sombra
un enemigo armado.

Soneto amoroso

Aguarda, riguroso
pensamiento, no
pierdas el respeto a
cuyo eres.

Imagen, sol o sombra, ¿qué me quieres?

Déjame sosegar en mi
apuesto. Divina Tirsis,
abrasarme siento:
sé blanda como hermosa
entre mujeres; mira que
ausente, como estás, me
hieres; afloja ya las
cuerdas al tormento.

Hablándote a mí solas me
anochece: contigo anda
cansada el alma mía;
contigo razonando me

amanece.

*Tú la noche me ocupas y
tú el día: sin ti todo me
aflige y entristece,
y en ti mi mismo mal me da alegría.*

Soneto amoroso

A fugitivas sombras doy abrazos;

en los sueños se cansa el

alma mía; paso

luchando a solas noche

y día

con un trasgo que traigo entre mis brazos.

Cuando le quiero más

ceñir con lazos, y viendo

mi sudor, se me desvía;

vuelvo con una fuerza a

mi porfía,

y temas con amor me

hacen pedazos. Voy me a

vengar en una imagen

vana que no se aparta de

los ojos míos; búrlame, y de

burlarme corre ufana.

Empiézola a seguir,

fáltanme bríos; y como
de alcanzarla tengo
gana, hago correr tras
ella el llanto en ríos.

Soneto amoroso

Más solitario pájaro ¿en
cuál techo se vio jamás, ni
fiera en monte o prado?
Desierto estoy de mí que me
has dejado mi alma propia
en lágrimas deshecho.

Lloraré siempre mi
mayor provecho; penas
serán y hiel cualquier
bocado; la noche afán, y
la quietud cuidado, y

duro campo de batalla el
lecho.

El sueño, que es imagen
de la muerte, en mí a la

muerte vence en

aspereza,

pues que me estorba el sumo bien de verte.

Que es tanto tu donaire

y tu belleza, que, pues

Naturaleza pudo

hacerte, milagro puede

hacer Naturaleza.

Soneto amoroso

*Amor me ocupa el seso y
los sentidos; absorto
estoy en éxtasi amoroso;
no me concede tregua ni
reposo esta guerra civil
de los nacidos.*

*Explayose el raudal de
mis gemidos por el
grande distrito y
doloroso del corazón, en
su penar dichoso, y mis
memorias anegó en
olvidos.*

*Todo soy ruinas, todo soy
destrozos, escándalo*

funesto a los amantes,
que fabrican de
lágrimas sus gozos.
Los que han de ser, y los que
fueron antes, estudien su
salud en mis sollozos,
y envidien mi dolor, si son constantes.

Soneto amoroso

Dejad que a voces diga el
bien que pierdo, si con mi
llanto a lágrima os
provoco;
y permitidme hacer cosas
de loco: que parezca muy
mal amante y cuerdo.
La red que rompo y la prisión

que muerdo y el tirano
rigor que adoro y toco,
para mostrar mi pena son
muy poco, si por mi mal de
lo que fui me acuerdo.
Óiganme todos: consentid
siquiera que, harto de
esperar y de quejarme,

pues sin previo viví, sin
juicio muera. De gritar
solamente quiero
hartarme. Sepa de mí, a
lo menos, esta fiera que
he podido morir, y no
mudarme.

Soneto amoroso

Petrarca celebró su
Laura bella con
ingenio, y estilo
levantado,
y hizo al mundo eterno
su cuidado, y la rara
belleza, que vio en
ella. Viven y

envidiosas muchas de

ella,

porque es digno de ser

muy envidiado un bien

tan alto, y tan dichoso

estado., que nunca pueda

el tiempo contra ella. Yo

solo a ti gallarda Silvia

hermosa,

a quien di el corazón en

sacrificio, querría

dejarte de la misma

suerte. Que esta alma

en adorarte venturosa

sólo te puede hacer este

servicio,

que no te ofenda el tiempo, ni la muerte.

Soneto amoroso

*Divina muestra del
poder divino, honra de
nuestra edad, por vos
dichosa,
nobleza sin igual
maravillosa, aviso,
ingenio, gusto
peregrino. Milagro de
renombre eterno digno a
pesar de la envidia
venenosa,*

rara beldad, cordura
milagrosa, gloria, que es de
gozarla amor indigno.
Ángel con mortal velo
disfrazado, regalo sin
medida, que no tiene
igual en todo el bien del ser humano.

Tesoro celestial
incomparado, adonde
más el alma se
entretiene es Silvia,
dueño, y vida de
Silvano.

Soneto amoroso

Esta color de rosa, y azucena,
y este mirar sabroso,

dulce, honesto, y este
hermoso cuello blanco,
inhiesto,
y boca de rubís, y perlas llena.
La mano alabastrina,
que encadena al que más
contra amor está
dispuesto;
y el más libre, y tirano
presupuesto destierra de
las almas, y enajena.
Esta rica, y hermosa
primavera, cuyas flores
de gracias, y hermosura
ofenderlas no puede el
tiempo airado.
Son ocasión que viva yo,

y que muera, y son de mi
descanso, y mi ventura
principio, y fin, y alabo
del cuidado.

Soneto amoroso

Dejadme resollar
desconfianzas, que es de
manera vuestro
desconsuelo,

que tiene derribado por
el suelo el
fundamento de mis
esperanzas.

Ni fe tan pura no hay
quien os la ofrezca, como yo
con esta lama vuestra
ofrezco, y nadie agradeció,
como agradezco
pena, que tanto ofenda,
y entristezca. Y aunque
en valor estemos
desiguales a tener
compasión de mis dolores,
bien os pueden mover
extremos tales.

Pues cuantos piden que les

deis favores, en bien
amarnos, no me son
iguales, ni os han sufrido
tantos desfavores.

Soneto amoroso

A fuego y sangre, fiero
pensamiento, has contra
mí la guerra pregonado,
y con verme rendido y
acabado,
no quieres hacer tregua de un momento.
¿Qué has de ganar en este
vencimiento, sino
infamia de haberle
procurado contra quien
vive tan desconfiado del

ajeno favor y propio

aliento?

La cuerda del dolor

afloja un poco;

déjame respirar, duro

enemigo,

y goza del placer de

atormentarme.

Multiplica mi daño

poco a poco, y el airado

rigor templea conmigo,

pues que te has de acabar con acabarme.

Soneto amoroso

Silvia ¿por qué os da gusto
que padezca, tan grave
mal, como por vos padezco?

Si lo causa lo poco que
merezco ninguno tiene el
mundo que os merezca. Ni
fe tan pura hay quien os
la ofrezca como yo con esta
alma vuestra ofrezco, y
nadie agradeció como
agradezco pena, que tanto
ofenda y entristezca.

Y aunque en valor
estemos desiguales, a tener
compasión de mis dolores
bien os pueden mover

extremos tales. Pues
cuantos piden que les deis
favores, en bien amaros no
me son iguales,
ni os han sufrido tantos disfavores.

Soneto amoroso

Cifra de cuanta gloria y
bien espera, por premio de
su fe y de su tormento, el
que para adorar tu
pensamiento
de sí se olvidará hasta que
muera, reforma tu
aspereza brava y fiera
a oír lo menos del dolor
que siento: dale, señora,

*al tierno sentimiento
en ese pecho ya lugar
cualquiera.*

*Pues mi remedio está sólo
en tu mano, antes que
del dolor la fuerza fuerte
del aliento vital prive a
Silvano,*

intento muda, porque de
otra suerte llegará tarde,
y procurarse ha en vano
a tanto mal remedio sin
la muerte.

Soneto amoroso

Espíritu gentil, rara
belleza, valor
inmenso, afable
cortesía, dirección
admirable, y
gallardía
la mayor que se vio, y de
más firmeza. Cendrada
lengua, Angélica
presteza, desdén esquivo,

suma bizzarría,
como a vos a ninguna,
Silvia mía, jamás lo
quiso dar naturaleza.
Sólo el que no ha sabido
conocer podrá vivir,
Señora, sin amaros,
y mayor desventura no
es posible. Mas yo, que
merecí gozar de veros, y
hallo tanta gloria en
contemplanos, dejaros de
adorar es imposible.

Soneto amoroso

Cuando con atención miro
y contemplola soberana

raza, y compostura
de esta divina, y
celestial figura, que de
su Hacedor es vivo
ejemplo. La prima con
razón bajo, y contemplo
del indigno instrumento,
que procura
tocar los puntos de mayor altura,

que la madre de amor oyó en
su templo. Pues no es bien
ofenderos, y agraviaros
cortamente alabando la
riqueza
de los raros extremos, que
en vos veo. Sólo se ocupe el
alma en contemplaros, y
estos ojos en ver esta
belleza,
que es último sujeto del deseo.

Soneto amoroso

Detén tu curso,
Henares, tan crecido de
aquesta soledad músico
amado, en tanto que,

contento, mi ganado
goza del bien que pierde
este afligido; y en tanto
que en el ramo más
florido en dechas canta el
ruiseñor, y el prado tiene
de sí al verano
enamorado, tomando a
mayo su mejor vestido.

No cantes más, pues ves que
nunca afloja la rienda al
llanto en miserables porfías,

sin menquárseme parte del enojo.
Que mal parece si tus
aguas frías son lágrimas
las más, que triste arroyo,
que canten, cuando lloro,

siendo mías.

Soneto amoroso

*Por la cumbre de un
monte levantado, mis
temerosos pasos, triste,
quío; por norte llevo sólo
mi albedrío,*

y por mantenimiento, mi
cuidado. Llega la noche,
y hállome engañado, y
sólo en la esperanza me
confío; llego al corriente
mar de un hondo río: ni
hallo barca ni puente, ni
hallo vado.

Por la ribera arriba el
paso arrojó; dame
contento el agua con su
ruido; mas en verme
perdido me congojo.

Hallo pisadas de otro
que ha subido; párome a
verlas; pienso con enojo
si son de otro, como yo, perdido.

Soneto amoroso

*Tan vivo está el retrato
y la belleza que Amor
tiene en el mundo por
escudo,*

*que, con mirarle tan de
cerca, dudocual de los
dos formó Naturaleza.*

*Teniéndole por Filis, con
presteza, mi alma se
apartó del cuerpo rudo,
en mí volví, corrido con
tristeza.*

*En el llevar tras sí mi
fe y deseo es Filis viva,
pues su ser se incluye,*

con cuyo disfavor
siempre peleo. Mas su
rigor a questo lo
destruye,
y que no es Filis al
momento creo, pues que
de mí, mirándome, no
huye.

Soneto amoroso

Embarazada el alma
y el sentido con un sueño
burlón, aunque dichoso,
aumentando reposo a
mi reposo me hallé toda
una noche entretenido.

Tu rostro vi en mis
llamas encendido,
que dora lo cruel con lo
hermoso, enlazando tu
cuello presuroso
con nudo de los brazos
bien tejido. Túvele por
verdad el bien pequeño;
llegué luego a soñar
que te gozaba, hecho de
tanta gentileza dueño.

Y en esto conocí que me
engañaba, y que todo mi
bien fue breve sueño,
pues yo, tan sin ventura,
le alcanzaba.

Soneto amoroso

Soñé que el brazo de
rigor armado, Filis,
alzaba contra el alma
mía, diciendo: «Este será
el postrero día que ponga
fin a tu vivir cansado».

Y que luego, con golpe
acelerado, me dabas
muerte en sombra de
alegría,

y yo, triste, al infierno
me partía, viéndome ya
del cielo desterrado.

Partí sin ver el rostro

amado y bello;

mas despertose de este sueño

un llanto, ronca la voz, y

crespo mi cabello.

y lo que más en esto me

dio espanto es ver que

fuese sueño algo de

aquello

que me pudiera dar tormento tanto.

Soneto amoroso

Clarinda, vuestra
Musa sonora es
célebre por docta, y
levantada,
pero mi Musa humilde, y
desgraciada por celebrar
la vuestra es más
famosa. La vuestra
dulce, alegre, y deleitosa
es tan perfecta, rica, y
acabada,
que única viene a ser
por envidiada y es
única la mía de

envidiosa.

*Juntos a Apolo, y a su
Dafne veo, Clarinda, en
vuestra noble compostura,
gozando en vos altísimo
trofeo.*

*Que en vos Dafne de Apolo
está segura, pues de su amor
olvida ya el deseo
por el nuevo de amar vuestra hermosura.*

Soneto amoroso

*Osar, temer, amar y
aborrecerse, alegre con
la gloria
atormentarse; de
olvidar los trabajos*

olvidarse; entre llamas

arder, sin encenderse;

con soledad entre las

gentes verse, y de la

soledad acompañarse;

morir continuamente;

no acabarse;

perderse, por hallar con qué perderse;

ser Fucar de esperanza sin ventura,

gastar todo el caudal en
sufrimientos, con cera
conquistar la piedra
dura, son efectos de Amor
en mis lamentos;
nadie le llame dios, que es
gran locura: que más son
de verdugo sus tormentos.

Soneto amoroso

Siete años de pastor
Jacob servía al padre de
Raquel, serrana bella;
mas no servía a él,
servía a ella, que a
ella sólo en premio
pretendía. Los días en

memoria de aquel día
pasaban contentándose

con vella;

mas Labán, cauteloso en
lugar de ella, ingrato a su
lealtad, le diera a Lía.

Viendo el triste pastor, que
con engaños le quitaban a
Raquel, y el bien que
espera por tiempo, amor, y
fe le merecía.

Volvió a servir de nuevo
otros siete años, y mil
sirviera más, sino tuviera
para tan largo amor tan corta vida.

Soneto amoroso

*¿Qué imagen de la
muerte rigurosa, qué
sombra del infierno me
maltrata?*

*¿Qué tirano cruel me
sigue y mata con
vengativa mano
licenciosa?*

¿Qué fantasma, en la noche temerosa,

el corazón del sueño me desata?

¿Quién te vengó de mí,

divina ingrata, mas por mi

mal que por tu bien

hermosa?

¿Quién, cuando, con dudoso

pie y incierto, piso la soledad

de aquesta arena,

me puebla de cuidados el desierto?

¿Quién el antiguo son

de mi cadena a mis

orejas vuelve, si están

cierto,

que aun no te acuerdas tú de darme pena?

Soneto amoroso

Del sol huyendo, el mismo

sol buscaba, y al fuego

ardiente cuando el fuego
ardía; alegre iba siguiendo
mi alegría,
y, fatigado, mi descanso
hallaba. Fue tras su
libertad mi vida
esclava, y corrió tras si
vida el alma mía;
buscaron mis tinieblas
a su día,
que dando luz al mismo
sol andaba. Fui
salamandra en
sustentarme ciego en las
llamas del sol con mi
cuidado, y de mi amor en
el ardiente fuego; pero en

camaleón fui
transformado por la que
tiraniza mi sosiego,
pues fui con aire de ella sustentado.

Soneto amoroso

Artificiosa flor, rica y

hermosa,

que adornas a la misma
primavera, no temas que
el color que tienes muera,
estando en una parte tan dichosa.
Siempre verde serás,
siempre olorosa, aunque
despoje el cielo la ribera;
triunfarás del invierno y
de la esfera, envidiada de
mí por venturosa.

Cuando caíste de su
frente bella, no te tuve
por flor; que, como es cielo,
no esperaba yo de él sino
una estrella; mas pues
cuando se cae la flor al
suelo muestra que el fruto

viene ya tras ella,
ver que te vi caer me da consuelo.

Soneto amoroso

Tras arder siempre, nunca
consumirme; y tras siempre
llorar, nunca acabarme;
tras tanto caminar,
nunca cansarme;
y tras siempre vivir,
jamás morirme; después de
tanto mal, no
arrepentirme; tras tanto
engaño, no
desengañarme; después de
tantas penas, no
alegrarme; y tras tanto

dolor, nunca reírme;
en tantos laberintos, no
perderme, ni haber, tras
tanto olvido, recordado,
¿qué fin alegre puede prometerme?
Antes muerto estaré que
escarmentado: ya no
pienso tratar de
defenderme, sino de ser de
veras desdichado.

Soneto amoroso

*Lloro mientras el sol
alumbra, y cuando
descansan en silencio los
mortales torno a llorar;
renuévanse mis males,
y así paso mi tiempo sollozando.
En triste humor los ojos
voy gastando, y el
corazón en penas
desiguales; sólo a mí,
entre los otros animales,
no me concede paz de Amor
el bando. Desde el un sol al
otro, ¡ay, fe perdida!, y de
una sombra a otra,*

siempre lloro en esta
muerte que llamamos
vida.

Perdí mi libertad y mi
tesoro; perdióse mi
esperanza de atrevida.

¡Triste de mí, que mi verdugo adoro!

Soneto amoroso

Llevó tras sí los
pámpanos Octubre, y con
las muchas lluvias
insolente no sufre Ibero
márgenes, ni puente,
mas antes los vecinos
campos cubre. Moncayo,
como suele, ya descubre

coronada de nieve la
alta frente,
y al sol apenas vemos en
Oriente, cuando la dura
tierra nos le encubre. Del
monte baja ya con
nueva saña el Aquilón,
y cierra su bramido

gente en el mar, y gente en
la montaña. Y Fabio en el
umbral de Tais tendido con
vergonzosas lágrimas le
baña, debiéndolas al
tiempo que ha perdido.

Soneto amoroso

De tantas bien
nacidas esperanzas del
doméstico amor y
dulce vida, burlas,
ingrata Silvia
fermentida,
con desdenes, con celos, con
tardanzas. No arroje más
tu brazo airadas lanzas

del pecho a la pirámide
escondida; que ya no dan
lugar a nuestra herida
las que en ella te rinden
alabanzas.

Confieso que de incienso
en tus altares con
sacrílega mano al fuego
ardiente del no prudente
dios preso con grillo. Si me
castigas dándome esos
males,

no me mates, que un muerto
no lo siente: dame vida, y así
podré sentillo.

Soneto amoroso

O dulces, frescas aguas,
transparentes, que vuestra
claridad a Celia hurtaste,
cuando otra vez mis glorias
murmuraste, haciéndote
dicho entre las gentes.

Si acaso, río ufano,
acaso sientes mi mal,
y vos, o flores
escuchaste

mis quejas, y algún tiempo
acompañaste vergonzosas
mi fe con las corrientes.
Decid, pues sois testigos,
este río a mí, y a Celia
todo en un momento
no representa con dibujo
raro: Murmurando decís
a favor mío, que a ella
se parece en
movimiento, y a mí tan
solamente en el ser
claro.

Soneto amoroso

Si dios eres, Amor, ¿cuál es tu cielo?
Si señor, ¿de qué renta y de qué estados?

¿Adónde están tus siervos y criados?

¿Dónde tienes tu asiento en este suelo?

Si te disfraza nuestro mortal velo,

¿cuáles son tus desiertos y

apartados? Si rico, ¿do

tus bienes vinculados?

¿Cómo te veo desnudo al sol y al yelo?

¿Sabes que me parece, Amor, de aquesto?

Que el pintarte con alas

y vendado, es que de ti el

pintor y el mundo juega.

Y yo también, pues sólo el

rostro honesto de mi Lisis así

te ha acobardado,

que pareces, Amor, gallina ciega.

Soneto amoroso

Solo sin vos, y mi dolor

presente mi pecho rompo

con mortal suspiro;

sólo vivo aquel tiempo
cuando os miro, mas poco
mi destino lo consiente.
Mi mal es propio, el bien es
accidente; pues, cuando
verme en voz presente aspiro,
no falta causa al mal
porque suspiro, aunque con
vos estoy, estando ausente.
Aquí os hablo, aquí os tengo, y
aquí os veo, gozando de este
bien en mi memoria, mientras
que el bien que espero, Amor
dilata.

¡Mirad cómo me mata
mi deseo: que he venido a
tener sólo por gloria vivir

contento en lo que más me
mata!

Soneto amoroso

Es hielo abrasador, es
fuego helado, es herida
que duele y no se siente,
es un soñado bien, un
mal presente, es un
breve descanso muy
cansado; es un descuido
que nos da cuidado, un
cobarde, con nombre de
valiente, un andar
solitario entre la gente,
un amar solamente ser amado;
es una libertad encarcelada,

que dura hasta el postrero
parasismo; enfermedad que
crece si es curada.

Éste es el niño Amor, éste es su abismo.

¡Mirad cual amistad
tendrá con nada el que en
todo es contrario de sí
mismo!

URANIA MUSA NONA

Sonetos sacros

- I -

A Jesucristo Nuestro Señor expirando en la Cruz

*La profecía en su
verdad quejarse, la
muerte en el desprecio
enriquecerse,
el mar sobre sí propio
enfurecerse, y una
tormenta en otra
despeñarse.*

*Pronunciar su dolor, y
lamentarse el viento
entre las peñas al
romperse*

*desmayarse la luz, y anochece
es nombrar vuestro Padre y declararse.*

Mas veros en un leño

mal pulido, Rey en

sangrienta púrpura

bañado,

sirviendo de martirio a

vuestra Madre. Dejado de

un ladrón, de otro seguido,

tan solo, y pobre a no le haber

nombrado, dudaron gran

Señor si tenéis Padre.

- II -

*Refiere cuán diferentes fueron las acciones de Cristo
Nuestro Señor y Adán*

Adán en Paraíso, Vos

en huerto; él puesto en

honra, Vos en agonía; él

duerme, y vela mal su

compañía;

La vuestra duerme, Vos

oráis despierto. Él cometió

el primero desconcierto,

Vos concertaste nuestro
primer día; cáliz bebéis,
que vuestro Padre envía;
él como inobediencia, y
vive muerto.

El sudor de su rostro le sustenta;
el del vuestro mantiene
nuestra gloria: suya la
culpa fue, vuestra la
afrenta. Él dejó horror, y
Vos dejáis memoria; aquél
fue engaño ciego, y ésta
venta.

¡Cuán diferente nos dejáis la historia!

- III -

*En la muerte de Cristo contra la dureza de corazón
del hombre*

Pues hoy derrama noche el
sentimiento por todo el
cerco de la lumbre pura,
y amortecido el sol en
sombra oscura da lágrimas
al fuego y voz al viento;
pues de la muerte el negro
encerramiento descubre con
temblor la sepultura,
y el monte, que
embaraza la llanura
del mar cercano, se
divide atento,
de piedra es, hombre duro,
de diamante tu corazón,
pues muerte tan severa
no anega con tus ojos tu

semblante.

Mas no es de piedra, no; que

si lo fuera, de lástima de

ver a Dios amante, entre

las otras piedras se

rompiera.

- IV -

Las piedras hablan con Cristo y dan la razón que
tuvieron para romperse

Si dávidas quebrantan
peñas duras, la de tu
sangre nos quebranta y
mueve, que en larga copia
de tus venas llueve
fecundo amor en tus
entrañas puras.

Aunque sin alma
somos criaturas a
quien por alma tu
dolor se debe,
viendo que el día pasa
oscuro y breve y que el sol
mira en él horas oscuras.

Sobre piedra tu iglesia
fabricaste; tanto el

linaje nuestro
ennobleciste,
que, Dios y Hombre, piedra te llamaste.
Pretensión de ser pan
nos diferiste; y si a la
tentación se lo negaste,
al Sacramento en ti lo concediste.

- V -

Dice, que se quebraron las piedras de envidia de la
Cruz, y acuerda cuando le quisieron apedrear los
indios y se desapareció
Con sacrílega mano el
insolente pueblo, de los
milagros convencido,
alza las piedras, más
endurecido cuanto el
Señor atiende más

clemente.

*Muera quien al vivir
eternamente, que se negó a
Abrahán, nos ha ofrecido;
murieron los profetas, y,
escondido, yace Moisés,
caudillo más valiente.
Burló las piedras, que
después miraron con
lástima a la Cruz de
Dios, vestida, y de noche
por Él, cielos y estrellas,*

donde todas de envidia se
quebraron de que para
instrumento de la vida
más quisiere a la Cruz que a todas ellas.

- VI -

Las piedras a Dios con el lugar cuando, Moisés, quebró
las piedras en que estaba escrita la Ley

Cuando escribiste en el
sagrado cerro, con tu
dedo, la ley en la
dureza que nos
comunicó Naturaleza,
y enternece piedad de tu
destierro, bajó Moisés, y,
viendo en el becerro la
adoración debida a su
grandeza, celoso nos

rompió y, en su fiereza,
con los castigos advirtió
su yerro.

Dividionos en piezas
enojado; mas como desde
entonces ley tenemos,
contigo nos preciamos de tenella.
Y así, nosotras mismo nos
rompemos sin el profeta:
que es dolor doblado ver
despreciar la ley y al
dador de ella.

- VII -

Porque habiendo muchas madres muertas de lástima
de ver muerto a sus hijos, amando Nuestra Señora
más a su Hijo que todas, no murió de lástima

El ver correr de Dios la

sangre clara en

abundante vena por

el suelo

(que borró el sentimiento

todo el cielo y al sol

desaliñó cabello y

cara);

ver la generación dura y
avara hartarse de
venganza en su
consuelo, oír la grande
voz que rompió el velo;
amaneciendo sombras
que declara, no fue
bastante, con afán tan
fuerte, a desatar un
alma combatida
que por los ojos en raudal
se vierte. Pues aunque
fue mortal la despedida,
aun no pudo, de
lástima, dar muerte,
muerte que sólo fue para
dar vida.

- VIII -

*A la concepción de Nuestra Señora con la
comparación del mar Bermejo*

*Hoy, por el mar Bermejo
del pecado, que en los
vados cerúleos espumosos
sepultó sin piedad los
poderosos ejércitos del
príncipe obstinado, pasa,
Virgen, exento y
respetado vuestro ser de
los golfos procelosos: así
por los decretos misteriosos
en vuestra Concepción fue
decretado. Quien puede y
quiere, con razón colijo,*

hará cuanto a su mano se
concede,
y más que hizo el sol con
lo que dijo. Y pues naciendo
en vos, de vos procede,
¿quién dirá que no quiere, siendo Hijo?
¿Quién negará que, siendo Dios, no puede?

A la soberbia y la humildad, refiere lo que Dios hizo con entrambas en los menos y en los más, y si como hombre y Dios, efectos de la humildad y la soberbia, verificados en la vida de Nuestro Redentor

Tus decretos, Señor, altos

y eternos, supieron

fabricar, enamorados,

de nada tantos cielos,

y, enojados, hicieron de

los ángeles infernos.

El polvo de que Tú quisiste

hacernos, advertidos nos

tiene y castigados,

y tus años vivisteis

despreciados, más solos y

más pobres los más tiernos.

Cuando naciste

humilde, te llevaron
mirra los reyes; mueres
Rey, y luego el tributo te
vuelven en bebida.

Para morir, Señor, te
coronaron: hallas muerte
en palacio, guerra y fuego,
y en el pesebre, reyes, paz y vida.

- X -

Reprende la insolencia de los que se atreven a
preguntar a Dios las causas porque obra y deja de
obrar con estas palabras de San Pablo

Si nunca descortés
preguntó, vano, el
polvo, vuelto en barro
peligroso,
«¿Por qué me obraste vil o

generoso? » al autor, a la
rueda y a la mano;
él todo presumido de
tirano, a nueve
lunas peso congojoso
(que llamarle
gusano temeroso
es mortificación para el gusano),

¿de dónde ha derivado
la osadía de pedir la
razón de su destino
al que con su palabra encendió el día?
¡oh, humo!, ¡oh, llama!,
sigue buen camino: que el
secreto de Dios no admite
espía,
ni mérito desnudo le previno.

- XI -

A la soberbia, con el ejemplo de la estatua de Nabuco,
muestra que estando derecha fue peligrosa, y vuelta
de arriba abajo segura

Es la soberbia artífice
engañoso; da su fábrica
pompa, y no provecho:
ve, Nabuco, la estatua

que te ha hecho; advierte
el edificio cauteloso.

Hizo la frente del metal
precioso; armó de plata y
bronce cuello y pecho; y
por trocar con el cimiento
el techo, los pies labró de
barro temeroso.

No alcanzó el oro a ver
desde la altura la guija,
que rompió con ligereza
el polvo en quien fundó
rica locura. El que
pusiere el barro en la
cabeza y a los pies del
metal la lumbre pura,
tendrá, si no hermosura,

fortaleza.

- XII -

un hermosísimo pedazo de cristal del que el Duque de Lerma con gran gusto hizo una custodia, que para el Santísimo Sacramento dio al convento de San Pablo de Valladolid, dice poéticamente las opiniones que hay cerca de la naturaleza del cristal.

La isla N07

Sea que, descansando,
la corriente torcida y
libre de espumoso río,
labró artífice duro,
yerto y frío, este puro
milagro transparente;
sea que, aprisionada,
libre fuente encarceló
con yelo su albedrío,
o en incendios del sol,
l'alba el rocío cuajó a
región benigna del
Oriente; o ya monstruo
diáfano naciese,
hijo de peñas duras,
parto hermoso, a llama
universal rebelde yelo,

fue bien que cielo a Dios
contrahiciese, porque
podáis decir, Duque
glorioso,
que, aunque imitado y breve, le dais Cielo.

- XIII -

Retrato al Demonio, parafraseando en el rigor que
cabe en el soneto las palabras de Job, con que le
retrata, cap. II Ecce Behemoth

¿No ves a Behemoth,
cuyas costillas son
láminas finísimas de
acero, cuya boca al
Jordán presume entero
con un sorbo enjugar fondo y orillas?
¿Por dientes no le ves
blandir cuchillas, morder

hambriento y quebrantar
guerrero; que tiene por
garganta y tragadero
del infierno las puertas amarillas?
¿No ves arder la tierra que pasea,
y que, como a caduco,
tiene en menos el abismo
que en torno le rodea?

Sus fuerzas sobre todos
son venenos: él es el rey
que contra Dios pelea,
rey de los hijos de soberbia
llenos.

- XIV -

Pondera con el suceso de Balán cuanto antes es Dios
obedecido de una mala bestia, que de un mal
ministro

A maldecir el pueblo, en
un jumento, parte Balán
profeta, acelerado;
que a maldecir
cualquiera va alentado:
tal es el natural nuestro
violento.

Dios, que mira del pueblo el

detrimento, rey en guardar
su pueblo desvelado,
clemente, opone a su
camino, armado de su
milicia, espléndido
portento.

Obedece el jumento, no
el profeta; y cuando
mereció premio y regalo,
más obstinado a caminar
le aprieta. Teme la
asnilla al ángel, sufre el
palo:

y halló el cielo obediencia
más perfecta en mala
bestia que en ministro
malo.

- XV -

Por los reyes buenos de quien murmuran malos
vasallos, muestra cuán antiguos tapar a los reyes
los ojos con el texto de San Marcos.

Señor, si es el reinar se
escupido, y en tu cara lo
muestran los escribas,
¿qué rey se librará de las salivas,
si las padece el Hombre y Dios unguido?

Tan coronado estás como
herido, pues que tu frente
suda venas vivas; golpes
y afrentas quieren que
recibas, y que des gloria al
pueblo endurecido.

Lámante rey, y
véndante los ojos, hieren
tu faz, y dicen que
adivines, y en tu sangre
descansan sus enojos.

Si tal hacen con Dios vasallos ruines,
¿en cuál corona faltarán abrojos?
¿Qué cetro habrá seguro de estos fines?

- XVI -

Sobre las propias palabras de San Marcos,
aconsejando a los reyes imiten esta acción de Cristo

Llámanle rey, y
véndanle los ojos, y
quieren que adivine, y
que no vea; cetro le dan,
que el viento le menea;
la corona, de juncos y de
abrojos.

Con tales ceremonias y
despojos, quiere su rey el
reino de Judea:

que mande en caña, que
dolor posea, y que ciego
padezca sus enojos.

Mas el Señor, que, en vara
bien armada de hierro, su
gobierno justo cierra,
muestra en su amor

clemencia coronada.

La paz compra a su pueblo

con su guerra; en sí gasta

las puntas y la espada:

aprended de Él los que regís

la tierra.

- XVII -

Pide a Dios le de lo que le conviene con sospecha de sus
propios deseos

un nuevo corazón, un
hombre nuevo ha
menester, Señor, la
ánima mía; desnúdame
de mí, que ser podría que
a tu piedad pagase lo
que debo. Dudosos pies por
ciega noche llevo, que
ya he llegado a aborrecer
el día, y temo que
hallaré la muerte fría
envuelta en (bien que
dulce) mortal cebo. Tu
hacienda soy; tu imagen,
Padre, he sido, y, si no es tu

interés en mí, no creo
que otra cosa defiende
mi partido. Haz lo que
pide verme cual me veo,
no lo que pido yo: pues,
de perdido, recato mi
salud de mi deseo.

- XVIII -

Al Rey Baltasar, cuando profanó en el convite los
Vasos Sagrados del Templo, y vio una mano comiendo,
que escribía en las paredes las palabras: mené tesel
phares

De los misterios a los brindis llevas,
¡oh! Baltasar, los vasos
más divinos, y de los
sacrificios a los vinos,
porque injurias de Dios, profano, bebas.

¡Qué a difamar los cálices

te atrevas, que vinieron

del templo peregrinos,

juntando a ceremonias

desatinos

y a ancianos ritos tus blasfemias nuevas!

Después de haber, sacrílego, bebido

toda la edad a Baco en
urna santa, mojado el seso
y húmedo el sentido,
¿ver una mano en la
pared te espanta, habiendo
tu garganta merecido,
no que escriba, que corte tu garganta?

- XIX -

A Caín y Abel. San Pedro Crisólogo acuerda aquellas
palabras del Génesis: Respexit ad Abel

Caín, por más bien
visto, tu fiereza quitó
la vida a Abel, porque
ofrecía a Dios el mejor
fruto que tenía, como
tú lo peor de tu
riqueza.

A quien hizo mayor
Naturaleza, hizo la
envidia sólo alevosía
que a la sangre dio voz, y
llanto al día; a ti,
condenación, miedo y
tristeza.

Temblado vives, y el
temblor advierte que
aunque mereces muerte por
tirano, que tiene en
despreciarte honra la
muerte.

La quijada de fiera,
que en tu mano sangre
inocente de tu padre
vierte, la tuya

chupará sobre tu
hermano.

- XX -

Lamentaciones sobre la persecución que padece la
cristiandad de los herejes del Aquilón, conducidos
por el Rey de Suecia

Los ojos, Hieremías,
con que leotus altas y
sagradas profecías,

el llanto me los vuelve,

Hieremías, pues hoy la

olla que miraste veo.

Hierve la fama, y, en

volumen feo, el humo

que consume nuestros

días ciega, y del

Aquilón las herejías

nos acerca por áspero

rodeo.

Del Aquilón a todos

se reparte el mal;

díjolo Dios; así

sucede:

no vale contra el cielo

fuerza o arte. Y si a Dios

por nosotros no intercede su

clemencia, en el llanto

acompañarte,

sobre sí propio, nuestro siglo puede.

- XXI -

*A la Oración del Huerto, sobre estas palabras de Cristo
Nuestro Señor: transeat a me calix iste*

*Si de Vos pasa el cáliz de amargura,
¿quién le podrá endulzar,*

para que se bebid

alegre, que salud posea

contra la enfermedad antigua y dura?

Bebed el cáliz Vos, pues

osapura amor del alma

por la culpa fea,

que en Vos le beberá (después

que os vea líquido Dios en

sangre) la criatura.

Pase por Vos, y así

será triaca, mas no pase
de Vos, pues, ofendido,
mi culpa sus castigos os achaca.
Bebiendo sanaréis lo que
he comido: bebed cáliz que
tanta sed aplaca

de ser en cáliz inmortal bebido.

- XXII -

A estas palabras: nescitis quid petatis, que dijo Cristo
a San Jacobo y a San Juan, cuando pidieron las
sillas a su lado

Si mereciendo sillas
Juan y Diego, dice
Cristo que erraron en
pedillas, al que sin
merecellas pide sillas,
más le valiera ser mudo
que ciego.

En la atención de Dios,
humano ruego no puede
por sí solo conseguillas:
hanse de conquistar con
maravillas de amor

nacido de divino fuego.

Sólo se sienta quien el

cáliz bebe; la Cruz el

trono en la Pasión

dispensa;

el descanso al tormento

se le debe. Y en la bondad

espléndida y inmensa, la

culpa gracia, como

sangre, llueve,

y la satisfacción está en la ofensa.

- XXIII -

Advertencia para los que recibieron el Santísimo Sacramento con las palabras que dijo Judas: que no se ha de recibir Cristo y tenerle por venta, sino por gracia

«Tened a Cristo» son

*palabras vivas, que
suenan glorias de temor
desnudas; mas las propias
palabras dijo Judas para
que te prendiesen los
escribas.*

Por la mano de Judas no recibas,

Licinio, a Cristo, que a
prenderle ayudas: prudente
quiero que al intento
acudas del que la cruz
previno porque vivas.
El sacrílego hipócrita
pretende que le tengas
así sacramentado,
porque le tengas tú
cuando le vende. Quien
le tiene, y comulga con
pecado, si diez veces
comulga, diez le ofende, y
es con la comunión
descomulgado.

*A lo propio con aquellas palabras del mismo Judas:
quid vultis mihi dare, et ego eum tradam vobis?*

*No, alma, no, ni la
conciencia fies del que te
ofrece a Cristo si le vende;
quien te pide interés, por
él pretende que del Señor
que compres te desvíes.
Para que tus tesoros,
Fabio, quíes a Cristo,
que tu bien sólo
pretende,
dásele al pobre, en quien
desnudo atiende que por su
mano humilde se le envíes.
Darle por lo que dan es
mercancía.*

Judas dice: «¿Qué quieres
darme?» Cristo dice: «Quiere
y tendrás la gloria mía».
No todo beso es paz, como lo
has visto; y advierte que
en la propia compañía de
Jesús hay discípulo
malquisto.

- XXV -

A Simón Cirineo, considerando, que en ayudar a
Cristo, se ayudaba a sí

Atlante, que en la Cruz
sustentas cielo, Hércules
que descansas sumo
Atlante, alivia con tu
fuerza el tierno amante
que, humilde, mide con la
boca el suelo.

Mas no le des ayuda,
que recelo que das prisa a
su muerte vigilante; mas
dásela, Simón, que es
importante para la
Redención de todo el suelo.

Pero si con tus brazos
se aligera la carga, con
tu culpa, del manzano,

también añades peso a
su madera.

Llevar parte del leño
soberano es a la
Redención, que los
espera, llevarte tus
pecados con tu mano.

- XXVI -

Reconocimiento propio y ruego piadoso antes de
comulgar

Pues hoy pretendo ser tu
monumento, porque me
resucites del pecado,
hábitame de gracia,
renovado
el hombre antiguo en ciego perdimiento.

*Si no, retratarás tu
nacimiento en la
nieve de un ánimo
obstinado
y en tu corazón pesebre,
acompañado de brutos
apetitos que en mí siento.
Hoy te entierras en mí,
siervo villano,
sepulcro, a tanto huésped, vil
y estrecho, indigno de tu
cuerpo soberano.*

Tierra te cubre en mí, de
tierra hecho; la
conciencia me sirve de
gusano; mármol para
cubrirte da mi pecho.

- XXVII -

Modo y estilo con que la justicia de Dios procede
contra los reyes, considerando en las palabras que
en la pared leyó el Rey Baltasar. Daniel:
«Mané thecel phares», según su interpretación

Contó tu reino Dios;
hale cumplido; su reino
sobre el tuyo se ha
llegado; cumplirá su
justicia en tu pecado,
contará su castigo tu
gemido.

Ya fuiste en sus
balanzas suspendido y
lo que menos tiene ha
pesado; por lo que falta
te será quitado
lo poco que en horror
has detenido. Tu reino es
dividido, y a los medos y
persas se da, porque en
violenta mesa bebas
sacrilego tus miedos.
Dios, para castigar,
primero cuenta;
pesa después su mano, y
con los dedos escribe:
División, muerte y
afrenta.

- XXVIII -

*Sobre esta palabra que dijo Nuestro Señor Jesucristo
en la Cruz: Sicio, tengosed*

*Dice que tiene sed, siendo
bebida, con voz de amor y
de misterios llena; ayer
bebida se ofreció en la
Cena,*

hoy tiene sed de muerte quien es vida.
La mano a su dolor
descomedida, no sólo
esponja con vinagre
ordena, antes con hiel la
esponja le envenena,
en caña ya en el cetro
escarnecida. La Paloma
sin hiel, que le
acompaña, a su Hijo en
la boca vio con ella,
y sangre y llanto al
uno y otro baña. Perlas
que llora en una y otra
estrellale ofrece, en
recompensa de la caña,
cuando gustó la hiel que

bebió ella.

- XXIX -

A las palabras que le dijo Cristo a Judas cuando le entregó: ¿A qué veniste amigo?

Dícele a Judas el Pastor

Cordero cuando le vende:

«¿A qué viniste, amigo?

*Del regalo de Hijo, a mi castigo;
de oveja humilde y simple, a lobo fiero;*

»de apóstol de mi ley, a

carnicero; de rico de mis

bienes, a mendigo; del

cayado a la horca, sin

mi abrigo; de discípulo, a

ingrato despensero.

»Véndete, y no te vendas,

y mi muerte sea rescate

también a tus traiciones:
no siento mi prisión, sino
perderte.

»El corcel que a tu cuello
le dispones, Judas, ponle a
mis pies con lazo fuerte:
perdónate, y a mí no me
perdones.»

- XXX -

Consideración de la palabra: «Perdónalos que no saben lo que hacen» y que dijo Jesucristo en la Cruz

Vinagre y hiel para sus

labios pide, y perdón

para el pueblo que le

hiere: que como sólo por

que viva, muere,

con su inmensa piedad sus culpas mide.

Señor que al que le deja

no despide, que al siervo

vil que le aborrece quiere,

que porque su traidor no

desespere,

a llamarle su amigo se comide,

ya no deja ignorancia al

pueblo hebreo que es

Hijo de Dios, si,
agonizando, hace de amor,
por su dureza, empleo.
Quien por sus enemigos,
expirando, pide perdón,
mejor en tal deseo
mostró ser Dios, que el sol y el mar bramando.

- XXXI -

A la limosna, y su efecto, y su poder con Dios, sobre
estas palabras de San Pedro Crisólogo: Sermón

¿Ves que se precia Dios de
juez severo, que no admite
personas ni semblantes,
que iguala los tiranos
fulminantes
con la pobreza vil del jornalero?
¿Ves que desprecia el oro y

el dinero, y el centellear
metido en los diamantes?

Pues como tiene hijos
mendicantes se deja
cosechar del limosnero.

Si al juez que la soberbia
del Oriente desprecia, los
rigores lisonjeas,
con migajas que admite en
el doliente, da al pobre un
jarro de agua, si deseas que
Dios te sea deudor, no juez
ardiente, pues por tan poco
precio le granjeas.

- XXXII -

A una iglesia muy pobre y oscura con una lámpara
de barro

Pura, sedienta y mal
alimentada, medrosa
luz, que, en trémulos
ardores, hace apenas

visible los horrores
en religiosa noche
derramada, arde ante ti,
que un tiempo, de la
nada,
encendiste a la aurora
resplandores, y pobre y
Dios, en templo de
pastores,
barata y fácil devoción te
agrada. Piadosas almas,
no ruego loquero, aprecia tu
justicia con metales,
que falta aliento
contra ti al dinero.
Crezcan en tu pobreza
los raudales, que den

alegre luz a Dios severo,

y se verá en tu afecto cuanto vales.

- XXXIII -

Sobre las palabras que dijo Jesús en la Cruz.

Mujer llama a su madre

cuando expira, porque el

nombre de madre regalado

no la añada un puñal,
viendo clavado a su Hijo,
y de Dios, por quien
suspira.

Crucificado en sus tormentos, mira
su Primo, a quien llamó
siempre «el Amado», y el
nombre de su Madre, que ha
guardado, se le dice con voz
que el Cielo admira.

Eva, siendo mujer que no
había sido madre, su
muerte ocasionó en
pecado, y en el árbol al
leño a que está asido.
Y porque la mujer ha
restaurado lo que sólo

mujer había perdido,
mujer la llama, y Madre la ha prestado.

- XXXIV -

A San Lorenzo glorioso mártir español

Arde Lorenzo y goza en
las parrillas; el tirano
en Lorenzo arde y
padece, viendo que su
valor constante crece,
cuanto crecen las
llamas amarillas. Las
brasas multiplica en
maravillas, y el sol
entre carbones amanece,
y en alimento a su
verdugo ofrece guisadas

del martirio, sus
costillas. A Cristo imita
en darse en alimento a
su enemigo: esfuerzo
soberano
y ardiente imitación del
Sacramento. Mirale el
cielo eternizar lo
humano, y viendo
victorioso el
vencimiento, menos
abrasa que arde vil
tirano.

- XXXV -

*Declarando escolásticamente las palabras del apóstol
con la ocasión de la muerte de un caballero de años*

*La voluntad de Dios
quiere eminente que nos
salvemos todos, ¡oh Licino!*

*No asista sola a tu
fatal camino de Dios
la voluntad
antecedente.*

*Merezca a su piedad la
subsecuente, tu virtud
con su auxilio, y el
divino rayo preceda
siempre matutino
a la noche envidiosa y delincuente.
¿Viste a Bellio caer*

precipitado en las
verdes promesas de la
vida, y en horror de
suceso desdichado?

Prevenga tu
conciencia tu partida:
que madruga la muerte
en el pecado, y antes
será pasada que
creída.

- XXXVI -

Reprende la ceguera de los indios en guardar a
Cristo muerto en las clausuras de las piedras,
habiendo visto que se quebraron en su muerte

Si vistes a las piedras
quebrantarse en la

*muerte de Cristo con
violencia,
¿en su sepulcro, cómo a su
obediencia dudáis que
dejarán de levantarse?
Si supieron las piedras
animarse con su muerte
en piadosa diligencia, en
su resurrección y en su
presencia,*

con más razón podrán
vivificarse. La piedra
que le guarda lo
procura; aquélla le
acompaña, ésta le
entierra; aquélla de sus
triunfos se asegura; ésta,
igualmente racional y
dura, será destrozo de
gloriosa guerra; aquélla
será trono y sepultura.

- XXXVII -

Al certamen de la canonización de San Raimundo

*Se casto ao bom Joseph
nomea a fama, so porque
la no meio da sua idade,*

unico exemplo foi da
castidade,
de cujo nome o saneto
autor o chama; se mais
naon fizo que fugir da
dama, lançando a capa
co suma honestidade
nas taon inimigas maons que
a sua vontade lhe quiseraon
forçar na branda cama,
melhor, Raimundo, a fama
casta e vossa, pois que naon
só fugis da que vos segue,
mais tambem da que segue ao
Rei furiosa.

Elhe lançou a capa a
que o persegue; vos, pela

naon olhar na lujuriosa
maon, a lançaes no mar
onde neveque.

- XXXVIII -

Amenaza a los tiranos, que fiados en los metales
preciosos en que crecen, pretender prevalecer contra
la piedad sobre que fundó Cristo su Iglesia, con la
similitud de la estatua de Nabuco

Las puertas del infierno

siempre abiertas no

prevalecerán contra la

Nave

y Piedra, y, ¡quieres tú,

contra su llave, que

prevalezcan tus nefandas

puertas! Tan condenadas,

aunque no tan muertas

almas, tu seno como el

suyo cabe,

y como en él no hay voz que

a Dios alabes la tuya

blasfemar a Dios despiertas.

Estatua de Nabuco,

que, tirana, tan

diversos metales

atesora,
en que estás menos rica
que galana, advierte que
en sus máquinas,
traidora, la piedra derribó
la estatua vana,
no la estatua a la piedra vencedora.

- XXXIX -

Consideración de lo mucho que el hombre debe a Dios

Si a Dios me debo todo,
porque he sido a semejanza
suya fabricado,
redimido por el primer pecado,
¿qué lo podré añadir agradecido?
No fui tan fácilmente
redimido como hecho; que
en esto, bien mirado, a mí

me dio a mí propio; y,
humanado, a sí, y a mí,
me dio de amor vencido.
Pues si añadió el morir por
darme vida,
en este alcance agotaré
el guarismo; mas fue me
su piedad tan socorrida,
que porque satisfaga a
tanto abismo

de beneficios, se me dio en
comida: y así, por mí,
fue paga de sí mismo.

- XL -

Dios Nuestro Señor, cuando truenan las nubes,
despierta del juicio del pecho al alma adormecida, y
con el rayo que hiere los montes, solicita el
escarmiento de las culpas, que le merecen mejor que
los robles

Con la voz del enojo de
Dios suena ronca y rota
la nube, el viento
brama; veloz en
vengativa luz, la
llama tempestades
sonoras desenfrena.
Con los pecados habla

cuando truena; la
penitencia por su nombre
llama, cuando la debe, el
agua que derrama el
llanto temeroso de la
pena.

Respóndale tronando mi
suspiro; respóndale
lloviendo mis dos ojos,
pues escrita en su luz mi
noche miro. Ofensas, y no
robres, son despojos del
ceño ardiente del mayor
zafiro:
y sabe el cielo hablar por sus enojos.

- XLI -

Al buen ladrón

¡Oh vista de ladrón bien
desvelado, pues estando
en castigo tan severo vio
reino en el suplicio y el
madero, y rey en cuerpo
herido y justiciado! Pide
que de él se acuerde el
coronado

de espinas, luego que
Pastor Cordero entre en su
reino, y deja el
compañero por seguir al
que robo no ha pensado.
A su memoria se llegó,
que infiere con Dios su
valimiento, porque vía
que por ella perdona a
quien le hiere. Sólo que
de él se acuerde le pedía
cuando en su reino
celestial se viere, y
ofreciósele Cristo el
mismo día.

Al nacimiento, mostrando, que la astrología
misteriosa admira a la celeste

Hoy no sabe de sí la astrología
que en la estrella del mar

mira en el suelo cerrado el sol,

epilogado el cielo

y en alta noche

amanecer el día; las

tinieblas pobladas de

armonía,

temblando el fuego eterno,

ardiendo el yelo; alegre la

tristeza, y el consuelo

que a sus lágrimas hace compañía.

Mira hacer el oficio

del Oriente al pesebre, en

que son signos de orouna

mula y un buey
dichosamente.

Ve al sol en el Cordero, y no
en el Toro: vele en la Virgen
por diciembre ardiente, a la
aurora sin risa, al sol con
lloro.

- XLIII -

A San Esteban cuando le apedrearón

De los tiranos hace jornaleros
el Dios que de su Cruz
hizo bandera, en los
gloriosos mártires que
espera para vestir sus
llagas de luceros.

¿Ves lo que sobre Esteban
llueven fieros, piedras, porque
cubierto de ellas muera?

Pues trilladores son de
aquella era que colma a
Dios de frutos los graneros.

Cuando con piedras
acabar quisieron a
Cristo, las negó ser
instrumento de su
muerte, y en ella lo

sintieron.

Premia a Esteban hoy su
sentimiento, pues las da
por la muerte que le
dieron, para reliquias del
blasón cruento.

Poesías morales

Salmo IX

¿Cómo De entre mis manos
te resbalas. o cómo te
deslizas, vida mía?
¿qué mudos pasos trae la
muerte fría, con pisar
vanidad, soberbia, y

galas! Ya cuelgan de mi
muro sus escalas, y es su
fuerza mayor mi
cobardía; por nueva
vida tengo cada día
que al cano tiempo nace entre la salas.
¡O mortal condición de los
humanos! que no puedo
querer ver a mañana,

sin temor de si quiero ver
mi muerte. Cualquier
instante de esta vida
humana es un nuevo
argumento, que me
advierde cuán frágil es,
cuán mísera, y cuán
vana.

Salmo XI

iCuán fuera voy, Señor,
de tu rebaño, llevado del
antojo y gusto mío!
iLlévame mi esperanza
el tiempo frío, y a mí con
ella un disfrazado
engaño!

Un año se me va tras

otro año, y yo más

duro y pertinaz

porfío,

por mostrarme más verde

mi albedriola torcida

raíz do está mi daño.

Llámasme, gran Señor;

nunca respondo. Sin duda

mi respuesta sólo aguardas,

pues tanto mi remedio

solicitas.

Mas, ¡ay! que sólo temo en

mar tan hondo, que lo que en

castigarme ahora aguardas,

con doblar los castigos lo

desquitas.

Salmo XIII

Un nuevo corazón, un
hombre nuevo ha
menester, Señor, la
ánima mía; desnúdame
de mí, que ser podría que
a tu piedad pagase lo
que debo. Dudosos pies por
ciega noche llevo, que
ya he llegado a aborrecer
el día, y temo que
hallaré la muerte fría
envuelta en (bien que dulce) mortal cebo.

Tu hacienda soy; tu imagen,
Padre, he sido, y, si no es tu
interés en mí, no creo
que otra cosa defiende
mi partido. Haz lo que
pide verme cual me veo,
no lo que pido yo: pues,
de perdido, recato mi
salud de mi deseo.

Salmo (XXVII)

Bien te veo correr, tiempo
ligero, cual por ancho
mar despalmada nave, a
más volar, como saeta o
ave
que pasa sin dejar rastro

o sendero. Yo, dormido en
mis daños, persevero, tinto
de manchas y de culpas
grave; aunque es forzoso
que me limpie y lave
llanto y dolor, aguardo el
día postrero.

Este no sé cuando
vendrá; confío que ha de
tardar, y es ya quizá
llegado,

y antes era pasado que creído.
Señor, tu soplo aliente
mi albedrío y limpie el
alma, el corazón
llagado,
cure, y a ablande el pecho endurecido.

Salmo (XXVIII)

Amor me tuvo alegre el

pensamiento, y en el

tormento, lleno de

esperanza, cargándome

con vana confianza

los ojos claros del

entendimiento. Ya del

error pasado me

arrepiento;

pues cuando llegue al puerto con bonanza,

de cuanta gloria y
bienaventuranza el
mundo puede darme, toda
es viento.

Corrido estoy de los
pasados años, que
reducir pudiera a mejor
uso

buscando paz, y no
siguiendo engaños. Y así,
mi Dios, a Ti vuelvo

confuso,
cierto que has de librarme de
estos daños: pues conozco mi
culpa y no la excuso.

Poesías fúnebres

Epitafio a una señora en su sepulcro

A queste es el poniente y el

nublado donde el tiempo,

Nerón, tiene escondido el

claro sol que en su carrera

ha sido

por el divino Josué parado.

Estos leones, cuyo

aspecto airado se

muestran por su dueño

enternecido,

a una águila real

guardan el nido de un

cordero en el templo

venerado.

Estas las urnas son en

*pedra dura de las
cenizas donde nace al
vuelo la fénix
Catalina, hermosa y
pura.*

*Aquestos son los siete pies
del suelo que al mundo
miden la mayor altura:
marcas que a vuestras glorias pone el cielo.*

Otro epitafio a la misma señora

yace debajo de
esta piedra fría la
que la vuelve, de
piedra, en cera,
cuya belleza
fue de tal
manera, que
respetada de la
edad vivía.
Aquí yace el
valor y
gallardía,
en quien hermosa
fue la muerte
fiera, y los despojos,

y la gloria entera,
en quien más se
mostró su tiranía.

Yace en quien tuvo
imperio en ser prudente
sobre la rueda de
Fortuna avara,
la nobleza mayor que
mármol cierra. Que
el cielo, que soberbia
no consiente, castigó
en derribar cosa tan
rara

la que de hacerla tal tomó la tierra.

El pésame a su marido

La que de vuestros
ojos lumbre ha sido
convierta en agua el
sentimiento ahora,
ilustre duque, cuyo
llanto llora
todo mortal que goza de sentido.
Vuestra paloma
huyó de vuestro nido,
y ya le hace en
brazos del aurora;
estrellas pisa,
estrellas enamora
del nuevo sol con el galán vestido.
Llorad, que está en

*llorad vuestro consuelo;
no cesen los suspiros que,
por ella,
con sacrificios
acompaña el suelo.
Llorad, señor, hasta
tornar a vella;
y así pues la llevo de envidia el Cielo,*